

**PROGRAMA IECO DE LOS GRANDES LIBROS**  
*Formar mentes grandes para el siglo XXI*  
**3ºCURSO: “El susurro al oído”**

**Sesión 5: El descubrimiento de la interioridad. Una lectura de *La genealogía de la moral* de Nietzsche**

Lectura: *La genealogía de la moral* de Friedrich Nietzsche

Opnente: Prof. Dr. Francisco Arenas-Dolz

18 de mayo de 2021, 18:30-20:00h.

## El descubrimiento de la interioridad. Una lectura de *La genealogía de la moral* de Nietzsche

Temas suscitados: moral, identidad social y resentimiento; el método genealógico; de la fisiología a la historia; las metamorfosis de los instintos; el sentido histórico y la interpretación de las civilizaciones pasadas; ciencia, lenguaje y creencias metafísicas.

### Resumen

*La genealogía de la moral* (1887), una obra importante en el debate filosófico del siglo XX, establece vínculos estrechos entre el análisis de las normas morales y la historia de la civilización. El rechazo de las éticas utilitaristas se vuelca, en este texto, en un esfuerzo por mostrar cómo surgen y se transforman profundamente, a lo largo del tiempo, los valores morales. El método genealógico nietzscheano trata de aclarar la polisemia de las nociones de “bueno” y “malo”, la verdad de los procesos a partir de los cuales se origina la conciencia y el sentido de culpa, la extraordinaria ductilidad de los afectos y de las pasiones y sus sorprendentes metamorfosis en épocas y culturas diversas.

### Texto 1

*El así llamado «yo».* —El lenguaje y los prejuicios sobre los que se erige el lenguaje son en muchos sentidos un obstáculo para nuestro análisis de procesos e impulsos internos: por ejemplo, por el hecho de que no hay palabras concretas más que para los *grados superlativos* de estos procesos e impulsos —; ahora bien, estamos acostumbrados a no examinar con precisión donde nos faltan las palabras, porque nos resulta penoso

pensar ahí con precisión; es más, antaño se concluía espontáneamente que donde acaba el reino de las palabras, también acaba el reino de la existencia. Ira, odio, amor, compasión, deseo, conocimiento, alegría, dolor, — son nombres para estados *extremos*: los estados intermedios más moderados, o los grados inferiores, siempre en juego, se nos escapan, a pesar de que constituyen precisamente el tejido de nuestro carácter y de nuestro destino. Esos arrebatos extremos — e incluso el más moderado placer o disgusto, del que somos conscientes, al comer un alimento, al oír un tono, es quizá, valorado como debe ser valorado, una expresión extrema — desgarran muchas veces el tejido y son excepciones violentas, generalmente debidas a una acumulación; — y como tales icómo confunden al observador! Como también confunden al hombre en acción. *Todos nosotros no somos* lo que parecemos según los estados para los que exclusivamente tenemos conciencia y palabras — y, en consecuencia, aprobación o desaprobación; nos *equivocamos* después de estos arrebatos más burdos, que sólo nos son conocidos a nosotros, sacamos una conclusión de un material, en el que las excepciones exceden a la regla, cometemos errores de lectura de esta escritura aparentemente clarísima de nosotros mismos. *Nuestra opinión sobre nosotros*, sin embargo, encontrada por esta vía equivocada, el así llamado «yo», trabaja desde ese momento en la construcción de nuestro carácter y nuestro destino.

NIETZSCHE, FRIEDRICH. *Aurora. Reflexiones sobre los prejuicios morales*, 115

## Texto 2

*Vivir e imaginar.* — Por muy lejos que un ser humano lleve su autoconocimiento nada será más incompleto que la imagen de todos los *impulsos* que constituyen su ser. Apenas si podrá llamar por su nombre a los más elementales: su número y fuerza, sus mareas, sus interrelaciones de juego y contrajuego, y, sobre todo, las leyes de su *alimentación*, le serán por completo desconocidos. Esta alimentación se convierte, pues, en un resultado del azar: nuestras experiencias diarias lanzan una presa a este o a aquel impulso, que se apodera de ella ávidamente, pero el proceso de estos acontecimientos se halla totalmente fuera de todo contexto razonable con las necesidades alimenticias de los impulsos en general: de modo que siempre sucederán dos cosas, la muerte por inanición y la atrofia de los unos, y la sobrealimentación de los otros. Cada momento de nuestra vida provoca el crecimiento de algunos brazos de pulpo en nuestro ser, otros se secan, según el alimento que el momento lleva o no lleva en sí. Nuestras experiencias son en este sentido, como ya dije, alimentos, pero repartidos con mano ciega, sin preocuparse del que pasa hambre o del que está ya saciado. Y como consecuencia de esta alimentación arbitraria de las partes el pulpo en total, una vez desarrollado, serán también algo tan casual como lo fue su crecimiento. En términos más claros: suponiendo que un impulso se halla en un punto en el que exige ser satisfecho — o ejercitar o descargar su fuerza o colmar un vacío — todo son imágenes —: considerará cada acontecimiento del día por la utilidad que tenga para sus propios fines; si el hombre corre o descansa o está furioso o lee o habla o lucha o está contento, el impulso sediento investiga cada estado, y en general no encuentra nada en él para sí mismo, ha de esperar y seguir sediento: al cabo de un rato se debilita, y al término de unos días o meses de no-satisfacción se seca, como una

planta sin lluvia. Quizá esta crueldad del azar sería más llamativa si todos los impulsos se lo tomaran tan en serio como el hambre, que no se da por satisfecho con alimento soñado; pero la mayoría de los impulsos, especialmente los llamados morales, hacen precisamente eso, — si se me permite la suposición de que nuestros *sueños* tienen el valor y el sentido de *compensar* hasta cierto punto esa ausencia arbitraria de «alimento» durante el día. ¿Por qué el sueño de ayer estuvo lleno de ternura y lágrimas, por qué el de anteayer fue humorístico y alegre, el otro, aventurero y sumido en una búsqueda constante y sombría? ¿Por qué en este sueño disfruto de indescriptibles bellezas musicales, por qué en otro me alzo y vuelo con la dicha del águila a lejanas cumbres? Estas imaginaciones que proporcionan espacio y descarga a nuestros impulsos de ternura o de humor o de aventura o a nuestra añoranza de música y montañas — y cada cual tendrá sus ejemplos más convincentes a mano — son interpretaciones de nuestros estímulos nerviosos durante el sueño, interpretaciones muy libres, muy arbitrarias, de movimientos de la sangre y las entrañas, de la presión del brazo y de las mantas, del sonido de las campanas de una torre, del ruido de las veletas, de los noctámbulos y otras cosas por el estilo. Que este texto, que en general es muy similar para una u otra noche, se comente de manera tan diferente, que la razón poetizadora se *imagine* hoy y ayer *causas* tan diversas para los mismos estímulos nerviosos: se debe a que el apuntador de esta razón es hoy diferente al que fue ayer, — un *impulso* diferente quería ser satisfecho, ejercitado, entrenado, refrescado, descargado, — precisamente él estaba en su marea alta, y ayer estaba otro. — La vida despierta no tiene esta *libertad* de interpretación que tiene la que sueña, es menos poética y desinhibida, — ¿pero he de insistir en que nuestros impulsos, cuando estamos despiertos, no hacen tan poco otra cosa que interpretar estímulos nerviosos y situar sus «causas» según sus necesidades?, ¿que entre estar despierto y soñar no hay una diferencia *esencial*?, ¿que incluso en una comparación de niveles culturales muy diferentes la libertad de la interpretación despierta en uno no le va a la zaga a la libertad del otro en el sueño?, ¿que también nuestros juicios morales y nuestras valoraciones morales no son más que imágenes y fantasías sobre un proceso fisiológico desconocido para nosotros, una especie de lenguaje aprendido para designar ciertos estímulos nerviosos?, ¿que nuestra llamada conciencia es un comentario, más o menos fantástico, sobre un texto no-sabido, quizá imposible de saber, pero sentido? — Tomemos un pequeño suceso. Supongamos que un día nos percatamos de que en el mercado alguien se ríe de nosotros cuando pasamos: según esté en nosotros este o aquel impulso a su altura, el suceso significará esto o aquello para nosotros, — y según el tipo de persona que seamos, será un acontecimiento completamente diferente. Uno lo toma como una gota de lluvia, el otro se lo sacude como si fuera un insecto, uno ve en ello una provocación, otro se mira el traje por si diera ocasión a la risa. Uno reflexiona a raíz del percance sobre el ridículo en sí, a otro le complace haber contribuido sin querer con un rayo de luz a la alegría y al sol del mundo — y en cada caso es satisfecho un impulso, ya sea el del enfado o el de la agresividad o el de la reflexión o el de la bondad. Este impulso se apoderó del suceso como si fuera una presa: ¿por qué precisamente él? Porque estaba al acecho sediento y hambriento. — El otro día por la mañana a las once un hombre se desmoronó repentinamente ante mis ojos, como si le hubiera fulminado un rayo; las mujeres que estaban cerca soltaron un grito; yo mismo lo ayudé a ponerse en pie y esperé a que recobrara la voz, durante ese espacio de tiempo ni se movió un músculo de mi cara ni tuve el menor sentimiento de temor o de compasión, sencillamente hice lo más

inmediato y razonable y me alejé fríamente. Si el día antes me hubieran anunciado que a la mañana siguiente a las once alguien iba a caerse de esta manera a mi lado, — hubiera sufrido anticipadamente todo tipo de aprensiones, no hubiera dormido esa noche y quizá en el momento decisivo, en vez de ayudarlo, me hubiera ocurrido lo mismo que a aquel hombre. Porque en ese intervalo los más diversos impulsos *habrían tenido tiempo* de imaginar y comentar la experiencia. — ¿Pues, qué son nuestras experiencias? ¡Mucho más lo que nosotros introducimos en ellas, que lo que hay en ellas! ¿O habrá incluso que decir; en sí no hay nada en ellas? ¿Vivir algo es inventarlo?

NIETZSCHE, FRIEDRICH. *Aurora. Reflexiones sobre los prejuicios morales*, 119

### Texto 3

De esta regla, es decir, de que el concepto de preeminencia política se diluye siempre en un concepto de preeminencia anímica, no constituye por el momento una excepción (aunque da motivo para ellas) el hecho de que la casta suprema sea a la vez la *casta sacerdotal* y, en consecuencia, prefiera para su designación de conjunto un predicado que recuerde su función sacerdotal. Aquí es donde, por ejemplo, se contraponen por vez primera «puro» e «impuro» como distintivos estamentales; y también aquí se desarrollan más tarde un «bueno» y un «malo» en un sentido ya no estamental. Por lo demás, advirtamos que estos conceptos «puro» e «impuro» no deben tomarse de antemano en un sentido demasiado riguroso, demasiado amplio y, mucho menos en un sentido simbólico: en una medida que nosotros apenas podemos imaginar, todos los conceptos de la humanidad primitiva fueron entendidos en su origen, antes bien, de un modo grosero, tosco, externo, estrecho, de un modo directa y específicamente *no-simbólico*. El «puro» es, desde el comienzo, meramente un hombre que se lava, que se prohíbe ciertos alimentos causantes de enfermedades de la piel, que no se acuesta con las sucias mujeres del pueblo bajo, que siente asco de la sangre, — inada más, no mucho más! Por otro lado, sin duda, la índole entera de una aristocracia esencialmente sacerdotal aclara por qué muy pronto las antítesis valorativas pudieron interiorizarse y exacerbarse de modo peligroso precisamente aquí; y, de hecho, ellas acabaron por abrir entre hombre y hombre simas sobre las que ni siquiera un Aquiles del librepensamiento podría saltar sin estremecerse. Desde el comienzo hay algo *no sano* en tales aristocracias sacerdotales y en los hábitos en ellas dominantes, hábitos apartados de la actividad, hábitos en parte dedicados a incubar ideas y en parte explosivos en sus sentimientos, y que tienen como secuela aquella debilidad y aquella neurastenia intestinales que atacan casi de modo inevitable a los sacerdotes de todas las épocas; pero el remedio que ellos mismos han inventado contra esta condición enfermiza suya —¿no tenemos que decir que ha acabado demostrando ser, en sus repercusiones, cien veces más peligroso que la enfermedad de la que debía librar? ¡La humanidad misma adolece todavía de las repercusiones de tales ingenuidades de la cura sacerdotal! Pensemos, por ejemplo, en ciertas formas de dieta (abstención de comer carne), en el ayuno, en la continencia sexual, en la huida «al desierto» (aislamiento a la manera de Weir Mitchell, aunque desde luego sin la posterior cura de engorde y sobrealimentación, en la cual reside el más eficaz antídoto contra toda histeria del ideal ascético): añádase a esto la entera metafísica

de los sacerdotes, hostil a los sentidos, corruptora y refinadora, su auto-hipnotización a la manera del faquir y del brahmán —Brahma empleado como bola de vidrio y como idea fija y el general y muy comprensible hartazgo final de su cura radical, de la *Nada* (o Dios: la aspiración a una *unio mystica* [unión mística] con Dios es la aspiración del budista a la Nada, al Nirvana —y nada más!). Entre los sacerdotes, cabalmente, se vuelve más peligroso *todo*, no sólo los medios de cura y las artes médicas, sino también la soberbia, la venganza, la sagacidad, el desenfreno, el amor, la ambición de dominio, la virtud, la enfermedad —de todos modos, también se podría añadir, con cierta equidad, que en el terreno de esta forma *esencialmente peligrosa* de existencia humana, la forma sacerdotal de existencia, es donde el hombre en general se ha convertido en *un animal interesante*, que únicamente aquí es donde el alma humana ha alcanzado *profundidad* en un sentido superior y se ha vuelto *malvada* —y éstas son, en efecto, las dos formas básicas de la superioridad poseída hasta ahora por el hombre sobre los demás animales!...

NIETZSCHE, FRIEDRICH. *La genealogía de la moral. Un escrito polémico*, I 6

#### Texto 4

—Ya se habrá adivinado que la manera sacerdotal de valorar puede desviarse muy fácilmente de la caballeresco-aristocrática y llegar luego a convertirse en su antítesis; en especial impulsa a ello toda ocasión en que la casta de los sacerdotes y la casta de los guerreros se enfrentan a causa de los celos y no quieren llegar a un acuerdo sobre el precio a pagar. Los juicios de valor caballeresco-aristocráticos tienen como presupuesto una constitución física poderosa, una salud floreciente, rica, incluso desbordante, junto con lo que condiciona el mantenimiento de la misma, es decir, la guerra, las aventuras, la caza, la danza, las peleas y, en general, todo lo que la actividad fuerte, libre, regocijada lleva consigo. La manera noble-sacerdotal de valorar tiene —lo hemos visto— otros presupuestos: ¡las cosas les van muy mal cuando aparece la guerra! Los sacerdotes son, como es sabido, los *enemigos más malvados* —¿por qué? Porque son los más impotentes. A causa de esa impotencia el odio crece en ellos hasta convertirse en algo monstruoso y siniestro, en lo más espiritual y más venenoso. Los máximos odiadores de la historia universal, también los odiadores más ricos de espíritu, han sido siempre sacerdotes —comparado con el espíritu de la venganza sacerdotal, apenas cuenta ningún otro espíritu. La historia humana sería una cosa demasiado estúpida sin el espíritu que los impotentes han introducido en ella: — tomemos en seguida el máximo ejemplo. Nada de lo que en la tierra se ha hecho contra «los nobles», «los violentos», «los señores», «los poderosos», merece ser mencionado si se lo compara con lo que los *judíos* han hecho contra ellos: los judíos, ese pueblo sacerdotal, que no ha sabido tomar satisfacción de sus enemigos y dominadores más que con una radical transvaloración de los valores propios de éstos, es decir, por un acto de la *más espiritual venganza*. Esto es lo único que resultaba adecuado precisamente a un pueblo sacerdotal, al pueblo de la más refrenada ansia de venganza sacerdotal. Han sido los judíos los que, con una consecuencia lógica aterradora, se han atrevido a invertir la identificación aristocrática de los valores (bueno = noble = poderoso = bello = feliz = amado de Dios) y han mantenido con los dientes del odio más abismal (el odio de la impotencia) esa inversión, a saber, «los miserables son los buenos; los

pobres, los impotentes, los bajos son los únicos buenos; los que sufren, los indigentes, los enfermos, los deformes son también los únicos piadosos, los únicos benditos de Dios, únicamente para ellos existe bienaventuranza, — en cambio vosotros, vosotros los nobles y violentos, vosotros sois, por toda la eternidad, los malvados, los crueles, los lascivos, los insaciables, los ateos, y vosotros seréis también eternamente los desventurados, los malditos y condenados!...» Se sabe *quien* ha recogido la herencia de esa transvaloración judía... A propósito de la iniciativa monstruosa y desmesuradamente funesta asumida por los judíos con esta declaración de guerra, la más radical de todas, recuerdo la frase que escribí en otra ocasión (*Más allá del bien y del mal*) —a saber, que con los judíos comienza *en la moral la rebelión de los esclavos*: esa rebelión que tiene tras sí una historia bimilenaria y que hoy nosotros hemos perdido de vista tan sólo porque — ha resultado vencedora...

NIETZSCHE, FRIEDRICH. *La genealogía de la moral. Un escrito polémico*, I 7

## Texto 5

—¿Pero no lo comprendéis? ¿No tenéis ojos para ver algo que ha necesitado dos milenios para alcanzar la victoria?... No hay en esto nada extraño: todas las cosas *largas* son difíciles de ver, difíciles de abarcar con la mirada. Pero *esto* es lo acontecido: del tronco de aquel árbol de la venganza y del odio, del odio judío —el odio más profundo y sublime, esto es, el odio creador de ideales, modificador de valores, que no ha tenido igual en la tierra—, brotó algo igualmente incomparable, un *amor nuevo*, la más profunda y sublime de todas las especies de amor: — ¿y de qué otro tronco habría podido brotar?... Mas ino se piense que brotó acaso como la auténtica negación de aquella sed de venganza, como la antítesis del odio judío! ¡No, lo contrario es la verdad! Ese amor nació de aquel odio como su corona, como la corona triunfante, dilatada con amplitud siempre mayor en la más pura luminosidad y plenitud solar; y en el reino de la luz y de la altura ese amor perseguía las metas de aquel odio, perseguía la victoria, el botín, la seducción, con el mismo afán, por así decirlo, con que las raíces de aquel odio se hundían con mayor radicalidad y avidez en todo lo que poseía profundidad y era malvado. Ese Jesús de Nazaret, evangelio viviente del amor, ese «redentor» que trae la bienaventuranza y la victoria a los pobres, a los enfermos, a los pecadores —¿no era él precisamente la seducción en su forma más inquietante e irresistible, la seducción y el desvío precisamente hacia aquellos valores judíos y hacia aquellas innovaciones *judías* del ideal? ¿No ha alcanzado Israel, justamente por el rodeo de ese «redentor», de ese aparente antagonista y liquidador de Israel, la última meta de su sublime ansia de venganza? ¿No forma parte de la oculta magia negra de una política verdaderamente *grande* de la venganza, de una venganza de amplias miras, subterránea, de avance lento, precalculadora, el hecho de que Israel mismo tuviese que negar y que clavar en la cruz ante el mundo entero, como si se tratase de su enemigo mortal, al auténtico instrumento de su venganza, a fin de que «el mundo entero», es decir, todos los adversarios de Israel, pudieran morder sin recelos precisamente de ese cebo? ¿Y por otro lado, se podría imaginar en absoluto, con todo el refinamiento del espíritu, un cebo *más peligroso*? ¿Algo que iguale en fuerza atractiva, embriagadora, aturdidora, corruptora, a aquel

símbolo de la «santa cruz», a aquella horrorosa paradoja de un «Dios en la cruz», a aquel misterio de una inimaginable, última, extrema crueldad y autocrucifixión de Dios *para salvación del hombre?*... Cuando menos, es cierto que *sub hoc signo* [bajo este signo] Israel ha venido triunfando una y otra vez, con su venganza y su transvaloración de todos los valores, sobre todos los demás ideales, sobre todos los ideales *más nobles*. — —

NIETZSCHE, FRIEDRICH. *La genealogía de la moral. Un escrito polémico*, I 8

## Texto 6

—¿Quiere alguien mirar un poco hacia abajo, al misterio de cómo se *fabrican ideales* en la tierra? ¿Quién tiene valor para ello?... ¡Bien! He aquí la mirada abierta a ese oscuro taller. Espere usted un momento, señor Indiscreción y Temeridad: su ojo tiene que habituarse antes a esa falsa luz cambiante... ¡Así! ¡Basta! ¡Hable usted ahora! ¿Qué ocurre allá abajo? Diga usted lo que ve, hombre de la más peligrosa curiosidad —ahora soy yo el que escucha. —

—«No veo nada, pero oigo tanto mejor. Es un chismorreo y un cuchicheo cauto, pérfido, quedo, procedente de todas las esquinas y rincones. Me parece que esa gente miente; una dulzona suavidad se pega a cada sonido. La debilidad debe ser mentirosamente transformada en *mérito*, no hay duda — es como usted lo decía.» —

—¡Siga!

—«... y la impotencia, que no toma desquite, en ‘bondad’; la temerosa bajeza, en ‘humildad’; la sumisión a quienes se odia, en ‘obediencia’ (a saber, obediencia a alguien de quien dicen que ordena esa sumisión, — Dios le llaman). Lo inofensivo del débil, la cobardía misma, de la que tiene mucha, su estar-aguardando-a-la-puerta, su inevitable tener-que-aguardar, recibe aquí un buen nombre, el de ‘paciencia’, y se llama también *la* virtud; el no-poder-vengarse se llama no-querer-vengarse, y tal vez incluso perdón (‘pues *ellos* no saben lo que hacen — ¡únicamente nosotros sabemos lo que *ellos* hacen!). También habla esa gente del ‘amor a los propios enemigos’ —y entre tanto suda.»

—¡Siga!

—«Son miserables, no hay duda, todos esos chismorreadores y falsos monederos de las esquinas, aunque están acurrucados calentándose unos junto a otros — pero me dicen que su miseria es una elección y una distinción de Dios, que a los perros que más se quiere se los azota; que quizás esa miseria sea también una preparación, una prueba, una ejercitación, y acaso algo más — algo que alguna vez encontrará su compensación, y será pagado con enormes intereses en oro, ¡ino!, en felicidad. A eso lo llaman ‘la bienaventuranza’.»

—¡Siga!

—«Ahora me dan a entender que ellos no sólo son mejores que los poderosos, que los señores de la tierra, cuyos esputos ellos tienen que lamer (*no* por temor, ¡de ninguna manera por temor!, sino porque Dios manda honrar toda autoridad), — que ellos no sólo son mejores, sino que también ‘les va mejor’, o, en todo caso, alguna vez les irá mejor. Pero ¡basta!, ¡basta! Ya no lo soporto más. ¡Aire viciado! ¡Aire viciado! Ese taller donde se *fabrican ideales* —me parece que apesta a mentiras.»

—¡No! ¡Un momento todavía! Aún no nos ha dicho usted nada de la obra maestra de esos nigromantes que con todo lo negro saben construir blancura, leche e inocencia: — ¿no ha observado usted cuál es su perfección suma en el refinamiento, su audacísima, finísima, ingeniosísima, mendacísima estratagema de artista? ¡Atienda! Esos animales de sótano, llenos de venganza y de odio —¿qué hacen precisamente con la venganza y con el odio? ¿Ha oído usted alguna vez esas palabras? Si sólo se fiase usted de lo que ellos dicen, ¿barruntaría que se encuentra en medio de hombres del resentimiento?...

—«Comprendo, vuelvo a abrir los oídos (¡ay!, ¡ay!, ¡ay!, y cierro la nariz). Sólo ahora oigo lo que ya antes decían con tanta frecuencia: ‘nosotros los buenos — *nosotros somos los justos*’ — a lo que ellos piden no lo llaman desquite, sino ‘el triunfo de la *justicia*’; a lo que ellos odian no es a su enemigo, ¡no!, ellos odian la ‘*injusticia*’, el ‘ateísmo’; lo que ellos creen y esperan no es la esperanza de la venganza, la embriaguez de la dulce venganza (— ‘más dulce que la miel’, la llamaba ya Homero), sino la victoria de Dios, del Dios *justo* sobre los ateos; lo que a ellos les queda para amar en la tierra no son sus hermanos en el odio, sino sus ‘hermanos en el amor’, como ellos dicen, todos los buenos y justos de la tierra.»

—¿Y cómo llaman a aquello que les sirve de consuelo contra todos los sufrimientos de la vida — su fantasmagoría de la anticipada bienaventuranza futura?

—«¿Cómo? ¿Oigo bien? A eso lo llaman ‘el juicio final’, la llegada de su reino, el de ellos, del ‘reino de Dios’ — pero *entre tanto* viven ‘en la fe’, ‘en el amor’, ‘en la esperanza’». —¡Basta! ¡Basta!

NIETZSCHE, FRIEDRICH. *La genealogía de la moral. Un escrito polémico*, I 14

## Texto 7

En este punto no es posible esquivar ya el dar una primera expresión provisional a mi hipótesis propia sobre el origen de la «mala conciencia»: tal hipótesis no es fácil hacerla oír, y desea ser largo tiempo meditada, custodiada, consultada con la almohada. Yo considero que la mala conciencia es la profunda dolencia a que tenía que sucumbir el hombre bajo la presión de aquella modificación, la más radical de todas las experimentadas por él, de aquella modificación ocurrida cuando el hombre se encontró definitivamente encerrado en el sortilegio de la sociedad y de la paz. Lo mismo que tuvo que ocurrirles a los animales marinos cuando se vieron forzados, o bien a convertirse en animales terrestres, o bien a perecer, eso mismo les ocurrió a estos semianimales felizmente adaptados a la selva, a la guerra, al vagabundaje, a la aventura, — de un golpe todos sus instintos quedaron desvalorizados y «en suspenso». A partir de ahora debían caminar sobre los pies y «llevarse a cuestras a sí mismos», cuando hasta ese momento habían sido llevados por el agua: una espantosa pesadez gravitaba sobre ellos. Se sentían ineptos para las funciones más simples, no tenían ya, para este nuevo mundo desconocido, sus viejos guías, los instintos reguladores e inconscientemente infalibles, — ¡estaban reducidos, estos infelices, a pensar, a razonar, a calcular, a combinar causas y efectos, a su «conciencia», a su órgano más miserable y más expuesto a equivocarse! Yo creo que no ha habido nunca en la tierra tal sentimiento de miseria, tal plúmbeo malestar, — ¡y, además, aquellos viejos instintos no habían dejado, de golpe, de reclamar



sus exigencias! Sólo que resultaba difícil, y pocas veces posible, darles satisfacción: en lo principal, hubo que buscar apaciguamientos nuevos y, por así decirlo, subterráneos. Todos los instintos que no se desahogan hacia fuera *se vuelven hacia dentro* — esto es lo que yo llamo la *interiorización* del hombre: únicamente con esto se desarrolla en él lo que más tarde se denomina su «alma». Todo el mundo interior, originariamente delgado, como encerrado entre dos pieles, fue separándose y creciendo, fue adquiriendo profundidad, anchura, altura, en la medida en que el desahogo del hombre hacia fuera fue quedando *inhibido*. Aquellos terribles bastiones con que la organización estatal se protegía contra los viejos instintos de la libertad — las penas sobre todo cuentan entre tales bastiones— hicieron que todos aquellos instintos del hombre salvaje, libre, vagabundo, diesen vuelta atrás, se volviesen *contra el hombre mismo*. La enemistad, la crueldad, el placer en la persecución, en la agresión, en el cambio, en la destrucción — todo esto vuelto contra el poseedor de tales instintos: *ése* es el origen de la «mala conciencia». El hombre que, falto de enemigos y resistencias exteriores, encajonado en una opresora estrechez y regularidad de las costumbres, se desgarraba, se perseguía, se mordía, se roía, se sobresaltaba, se maltrataba impacientemente a sí mismo, este animal al que se quiere «domesticar» y que se golpea furioso contra los barrotes de su jaula, este ser al que le falta algo, devorado por la nostalgia del desierto, que tuvo que crearse a base de sí mismo una aventura, una cámara de suplicios, una selva insegura y peligrosa —este loco, este prisionero añorante y desesperado fue el inventor de la «mala conciencia». Pero con ella se había introducido la dolencia más grande, la más siniestra, una dolencia de la que la humanidad no se ha curado hasta hoy, el sufrimiento del hombre *por el hombre, por sí mismo*: resultado de una separación violenta de su pasado de animal, resultado de un salto y una caída, por así decirlo, en nuevas situaciones y en nuevas condiciones de existencia, resultado de una declaración de guerra contra los viejos instintos en los que hasta ese momento reposaban su fuerza, su placer y su fecundidad. Añadamos en seguida que, por otro lado, con el hecho de un alma animal que se volvía contra sí misma, que tomaba partido contra sí misma, había aparecido en la tierra algo tan nuevo, profundo, inaudito, enigmático, contradictorio y *lleno de futuro*, que con ello el aspecto de la tierra se modificó de manera esencial. De hecho hubo necesidad de espectadores divinos para apreciar en lo justo el espectáculo que entonces se inició y cuyo final es aún completamente imprevisible, — un espectáculo demasiado delicado, demasiado maravilloso, demasiado paradójico como para que pudiera representarse en cualquier ridículo astro sin que, cosa absurda, nadie lo presenciase. Desde entonces el hombre cuenta entre las más inesperadas y apasionantes jugadas de suerte que juega el «gran Niño» de Heráclito, llámese Zeus o Azar, — despierta un interés, una tensión, una esperanza, casi una certeza, como si con él se anunciase algo, se preparase algo, como si el hombre no fuera una meta, sino sólo un camino, un episodio intermedio, un puente, una gran promesa...

NIETZSCHE, FRIEDRICH. *La genealogía de la moral. Un escrito polémico*, II 16

## Texto 8

Guardémonos de tener en poco todo este fenómeno por el simple hecho de que de antemano sea feo y doloroso. En efecto, esa fuerza que actúa de modo grandioso en aquellos artistas de la violencia y en aquellos organizadores, esa fuerza constructora de Estados, es, en efecto, la misma que aquí, más interior, más pequeña, más empequeñecida, reorientada hacia atrás, en el «laberinto del pecho», para decirlo con palabras de Goethe, se crea la mala conciencia y construye ideales negativos, es cabalmente aquel *instinto de la libertad* (dicho con mi vocabulario: la voluntad de poder): sólo que la materia sobre la que se desahoga la naturaleza con formadora y violentadora de esa fuerza es aquí justo el hombre mismo, su entero, animalesco, viejo yo —y *no*, como en aquel fenómeno más grande y más llamativo, el *otro* hombre, los *otros* hombres. Esta secreta autoviolentación, esta crueldad de artista, este placer de darse forma a sí mismo como a una materia dura, resistente y paciente, de marcar a fuego en ella una voluntad, una crítica, una contradicción, un desprecio, un *no*, este siniestro y horrendamente voluptuoso trabajo de un alma voluntariamente escindida consigo misma que se hace sufrir por el placer de hacer sufrir, toda esta *activa* «mala conciencia» ha acabado por producir también —ya se lo adivina—, cual auténtico seno materno de acontecimientos ideales e imaginarios, una profusión de belleza y de afirmación nuevas y sorprendentes, y quizá ella sea la que por vez primera ha creado la belleza... ¿Pues qué cosa sería bella si la contradicción no hubiese cobrado antes conciencia de sí misma, si lo feo no se hubiese dicho antes a sí mismo: «Yo soy feo»?... Al menos, tras esta indicación resultará menos enigmático el enigma de hasta qué punto puede estar insinuado un ideal, una belleza, en conceptos contradictorios como *desinterés*, *autonegación*, *sacrificio de sí mismo*; y una cosa se sabrá de ahora en adelante, no tengo duda de ello—, a saber, de qué especie es, desde el comienzo, el placer que siente el desinteresado, el abnegado, el que se sacrifica a sí mismo: ese placer pertenece a la crueldad. — Con esto basta, provisionalmente, en lo que se refiere a la procedencia de lo «no egoísta» en cuanto valor *moral* y a la delimitación del terreno de que este valor ha brotado: sólo la mala conciencia, sólo la voluntad de maltratarse a sí mismo proporciona el presupuesto para el *valor* de lo no-egoísta. —

NIETZSCHE, FRIEDRICH. *La genealogía de la moral. Un escrito polémico*, II 18

## Breve bibliografía

- Astor, Dorian. *Nietzsche. La zozobra del presente*. Barcelona: Acantilado, 2018.
- Brandes, Georg. *Un ensayo sobre el radicalismo aristocrático*. Ciudad de México: Sexto Piso, 2008.
- Colli, Giorgio. *Introducción a Nietzsche*. Valencia: Pre-Textos, 2000.
- Fink, Eugen. *La filosofía de Nietzsche*. Madrid: Alianza, 2000.
- Frey, Herbert. *La sabiduría de Nietzsche. Hacia un nuevo arte de vivir*. Puebla: Universidad de las Américas/Miguel Ángel Porrúa, 2007.
- Hollingdale, Reginald John. *Nietzsche. El hombre y su filosofía*. Madrid: Tecnos, 2016.
- Gentili, Carlo. *Nietzsche*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2004.
- Janz, Curt Paul. *Friedrich Nietzsche*. Madrid: Alianza, 1981-1985.
- Kaufmann, Walter. *Nietzsche. Philosopher, Psychologist, Antichrist*. Princeton, NJ: Princeton University Press, 1974.

- Montinari,azzino. *Lo que dijo Nietzsche*. Barcelona: Salamandra, 2003.
- Morey, Miguel. *Vidas de Nietzsche*. Madrid: Alianza, 2018.
- Nietzsche, Friedrich. *Aurora. Reflexiones sobre los prejuicios morales*. Trad. G. Dieterich. Barcelona: Alba, 1999.
- Nietzsche, Friedrich. *La genealogía de la moral. Un escrito polémico*. Trad. A. Sánchez Pascual. Madrid: Alianza, 2006.
- Orsucci, Andrea. *Genealogia della morale. Introduzione alla lettura*. Roma: Carocci, 2001.
- Prideaux, Sue. *¡Soy dinamita! Una vida de Nietzsche*. Barcelona: Ariel, 2019.
- Ross, Werner. *Friedrich Nietzsche. El águila angustiada*. Paidós: Barcelona, 1994.
- Safranski, Rüdiger. *Nietzsche. Biografía de su pensamiento*. Barcelona: Tusquets, 2002.
- Savater, Fernando. *Idea de Nietzsche*. Barcelona: Ariel, 2003.
- Trías, Eugenio et al. *En favor de Nietzsche*. Madrid: Taurus, 1972.
- Valverde, José María. *Nietzsche, de filólogo a Anticristo*. Barcelona: Planeta, 1994.